

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”



*Digna de que un gran pintor
La pinte junto á una flor
En un vaso de marfil,*

Rubén Darío.

Entre todas sus amiguitas escogió “El Heraldo del Istmo” á Raquel Arias para que lo representara en la “Fiesta de los Niños” que, organizada por esta Revista, tuvo lugar el día 25 de Diciembre pasado. Terminada la repartición de juguetes, en el amplio salón del Hotel Central, la bella Raquel recitó, con arte y sentimiento, lindos versos escritos expresamente para este acto por nuestro compañero de labores el poeta Miró, y por su tarea de intelectualidad, su dicción clara y sonora, su manera de interpretar la poesía, lo correcto de sus atavíos y todos los encantos de su personita, obtuvo buenas palmas como premio merecido y elocuente.

Quedó, pues, desde ese día “la belle Rachel” siendo ya el emblema—símbolo digámoslo así—de este quincenario y al mismo tiempo la amiga preferida de la juventud literaria de la Capital.

Viéndola expresarse llena de emoción y encanto, ante un auditorio selecto y numeroso como el que la rodeaba, toda de blanco como una gardenia inmaculada, pareciónos, digno de ella, el sexteto del poeta mexicano Gutiérrez Nájera:

“¡Oh mármol! oh nieves! oh inmensa blancura!
Tú esparces doquiera tu casta hermosura;
¡Oh tímida vírgen! oh noble vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
De tu hábito blando nació la pureza,
Al angel das alas, sudario al mortal”.

Al publicar hoy, pues, su retrato, con el traje y tal como ella asistió á la “Fiesta de los Niños”, no hacemos otra cosa que darle una prueba de nuestro cariño y presentarla á nuestros lectores como una amiga dilecta de este periódico.

Siebel.

La agonía de la princesa



A princesa Alina se moría. Y moría de un mal raro y misterioso que los más sabios médicos del mundo reunidos á su cabecera no acertaban á definir.

Una mañana, al clarear el alba la princesa que durante toda su extraña dolencia había permanecido sumida en una especie de letargo, incorporóse de pronto en el lecho y comenzó á hablar en voz baja y cansada como el murmullo de un niño dormido:

He soñado esta noche un delicioso sueño. Una blanca visión ha descendido del cielo rozándome el rostro con sus alas y me ha besado con un beso nuevo, jamás por mí sentido. Ah! yo ignoraba que existiese ese beso, suave como el plumón de cisne de mi manto rojo; dulce como el arrullo de mi paloma favorita, fresco y perfumado como las rosas de nieve, cuajadas de rocío, que se abren en mi jardín por las mañanas. Pasó sobre mis labios leve y ténue como un soplo.... Aun lo siento y quisiera sentirlo eternamente. Me muero de asfixia..... Ay!.... Quién me diera ese beso que pasa sobre el alma como una fresca brisa acariciadora!

Y la princesa entreabría la boca abrasada por la fiebre—al igual de una flor roja quemada de olores y de sol—como en demanda de la caricia que había de refrescarle el alma sedienta.

Aquel anhelo fué interpretado de modo distinto por los que la escucharon.

Empieza el delirio precursor de la muerte....—mascullaron los sabios doctores metiendo la cabeza. Y retiraronse con sus brebajes á un ángulo de la estancia.

Ay de mí!—suspiró en tanto el infeliz Rey ciego en un desgarrador sollozo.—No hay esperanza para el único ser querido que me resta; echa de menos el ignorado beso de la madre muerta..... Así pudiera el mío consolarla!...

E inclinándose, mientras de sus ojos sin vida se desprendían hilo á hilo las lágrimas, imprimió sus labios, temblorosos por la pena, sobre la frente de la niña enferma. Dibujóse sobre las facciones de ella una impresión de sufrimiento y movióse inquieta murmurando:

—Cosa desagradable es sentir que salpica la frente, marchitándola, una lluvia tibia.... Ah! no! es un beso que huele á lágrimas. No, no lo quiero. Oh! cómo me hace sufrir! Qué tormento!

Y, como abrumada por enorme peso, dobló sobre el hombro la hermosa frente, ajada de pronto por un pliegue profundo, expresión de un doloroso pensamiento fijo!

El desgraciado Rey alejóse vacilante y tambaleándose, ciego como estaba, más que por la edad por las penas largamente lloradas, y entonces el más joven de los médicos, un hermoso armenio casi adolescente, á quien la agonía de la princesa torturaba el corazón, acercóse al lecho y quedó extasiado en la contemplación del exquisito perfil pálido de la virgen moribunda.

Pobre niña!—murmuró luego.—Sueña con el amante beso del esposo ideal! ;Puede aún salvarse!....

Y, en un raptó delirante de pasión, inclinóse á su vez y besó amorosa y tiernamente, uno tras otro, los cerrados ojos de la princesa.



JOSEFINA MOLL (FLOR DALIZA).

Ah! qué beso de tortura!—gritó ella retorciéndose con angustia en un espasmo convulsivo. Es una brasa de fuego que me ha quemado la pupila... Qué martirio!—ya no veré más!—gimió luego dolorosamente.

Y, abriendo los divinos ojos ensombrecidos por sobrehumano dolor, miró extraviada al rededor con mirada extrañamente velada, y volvió á cerrarlos al instante.

Alejóse el insensato tropezando como el Rey—;también las lágrimas ciegan!—mientras que la vieja nodriza alzabase del pié del lecho, toda temblorosa por la edad y con los ojos inmensamente agrandados de estupor, contemplaba fijamente la virginal cabeza inclinada sobre el hombro como una futesia blanca sobre su tallo. Su mano fría y descarnada posóse largo rato sobre el débil corazón enfermo, y mientras besaba religiosamente con sus besos ya helados, primero las manos cruzadas sobre él, finas y diáfnas como un manojo de mustias azucenas, y luego los adorables piecitos rosados que asomaban entre el encaje del revuelto lecho, decía sollozando:—Pobre alma mía! El beso que ella presiente es el beso de nieve de la muerte..... Déule paz los míos!.....

Oh! qué frío!—balbuceó la princesa tiritando.—Es como si una aguja de nieve me hubiese traspasado el corazón helándome hasta el fondo del alma.... Oh! qué frío! Qué horrible frío!

Y, estremeciéndose toda en una convulsión suprema, estiró perpendicularmente los delicados brazos y quedó después inmóvil; sólo de sus labios entreabiertos se escapaba en un soplo de vida, un vago susurro de frases incoherentes que finalizaba en un gemido lastimero....

En aquél instante y al mismo tiempo que el primer rayo de sol, por una de las altísimas ojivas penetró en la estancia la paloma predilecta de la princesa, llevando en el pico una admirable rosa nevada, henchida de rocío y de perfumas. Parada al borde del lecho como en contemplación de la desesperada agonía de la princesa, picoteó furiosamente la dor que comenzó á deshojarse; y al fin lanzó un suavísimo arrullo fué á posarse sobre el pecho de su dueña y acariciando con sus sedosas alas blancas la mejilla fría hundió el diminuto pico, fragante en una lluvia de hojas de rosa, dentro de la dulce boca pálida.

Era aquel su saludo matinal.

Entonces—;creyó ella en su delirio que era aquella la caricia anhelada ó vislumbró ya en el cielo su próxima realización!—la princesa sonrió dulcemente y una expresión de dicha suprema dilató sus facciones, en tanto un tembloroso hilo de luz iba á engarzarse, titilando ruidosamente como una lágrima de aurora, en el fleco de oro de las pestañas.....

Y quedó así, inmóvil, muda y fría, un rayo de sol en los ojos y los labios entreabiertos en una inefable sonrisa de amor.

FLOR DALIZA.

Ponce. Pto Rico.

ALTER EGO

(PARA GUILLERMO ANDREVE: ALTO Y CULTIVADO TALENTO).

Ventidós primaveras y ventidós inviernos ha visto sucederse:
Asistió á los ponientes de dos soles,
Los hielos de la vida ha cruzado su planta.....
Ni el placer lo cautiva ni la pena lo espanta!
Nació en una mañana de ultramonte, do expande sus auroras el cielo para vestir el Ande de púrpura y zafir;
y donde las campiñas tienen lirios y rosas, y fuentes cristalinas y mujeres graciosas.....

Ha conocido el mal y proclamado el bien:
ha ceñido el cilicio y apurado la hiel:
sabe de penitencia y sabe de alegría:
ha rogado en el templo y danzado en la orgía.

Siempre ha sido su culto para la soledad:
El se basta á sí mismo porque sabe luchar,
y va solo en la vida—así lo quiso el cielo—
amparado en su anhelo de morir y llegar.....
Hoy está recogido dentro de una ilusión
su espíritu vibrante, como un rayo de luna
dentro del ígneo cáliz de una rosa en botón....
y espera que agonice la noche de la vida,
y que alboré la gloria como una prometida
visión,

para que torne al astro el rayo de la luna
y sus hojas de fuego palidezca la flor.....

E. CARRASQUILLA MALLARINO.
19-31-1906.

En el jardín.

—¿Qué es un jazmín, esa flor impecable de pétalos tan blancos como tocas de monja?

—Es una estrofa perfumada que cantó en el palacio de su amada un trovador para pedirle un beso.

—¿Un beso? Y qué es un beso?

—Dulce mía,
un beso es el milagro de dos bocas!

(En tanto que así hablaban los amantes, ocultas en las hojas de un cerezo dos aves se besaban como locas)

PEDRO SONDEREGGER.

Panamá, 1906.

Mr. Arnold Shanklin

CONSUL DE LOS ESTADOS UNIDOS



Apesar del poco tiempo que tiene de residir entre nosotros el señor Mr. Arnold Shanklin ha sabido hacerse ya personalidad muy grata para Panamá en el desempeño de sus funciones como Consul General de los Estados Unidos de América en esta Capital, cargo que con acierto viene desempeñando desde hace ya algunos meses, con la simpatía de todos, sin abandonar por esto la senda de sus altos deberes.

Posee varios idiomas Mr. Arnold Shanklin y entre estos el castellano que lo habla como buen lingüista y sus maneras finas lo mismo que su buen comportamiento lo aquilatan como caballero cumplido y diplomático inteligente.

Talvez mañana llegue á ser él, para ante nuestro Gobierno, ministro de su patria, y allí, en ese alto puesto sera seguramente tan apreciado por su comportamiento y sus méritos no comunes, como actualmente lo es el Honorable Charles E. Magoon.

Vea el señor Consul General de los Estados Unidos en estas líneas un saludo respetuoso y una prueba de amistad de EL HERALDO DEL ISTMO.

rencias, sus atavismos aristocráticos y sus tendencias avasalladoras y señoriles; nació trayendo en la masa de la sangre, en vez de sus partículas azules, glóbulos rojos y bien rojos, sangre de jornalero, sangre de luchador. tendencias de apóstol, de reformista: cuando abrí por primera vez los ojos ya era anarquista, pero anarquista del bien, socialista de la humanidad como lo fué Jesucristo.

Claro se está que con tal bagaje de ideas y ante más amplias perspectivas, yo no fuera *l'enfant gaté*, ni mucho menos, de mi familia, á pesar de que era el más pequeño; por mi parte retribuía en idéntica forma su grado de afectividad, pagándoles con el mayor despego, y, á los quince ó diez y seis años, era yo casi autónomo debido á ello en parte y en parte á nuestra independiente y liberal educación francesa.

* *

Harto de etiquetas palaciegas, de recepciones suntuosas y de festines pantagruélico-báquicos, hui alegremente del hogar paterno y encaminé mis pasos á la tierra que ha sido y que aun creemos de promisión todos los europeos. No son para referidas, ni siquiera para recordadas, las infinitas penurias que pasé en el París argentino: aquí hice de todo menos de ladrón: fuí lustrabotas, *café*, almacenero, pasante de escribano, ayudante de farmacia y cuando alcancé á dominar el idioma castellano, el que ya había estudiado teóricamente en Francia, fuí... ¡asómbrese usted!... fuí periodista con ribetes de literato, como pudiera haber sido barrendero... ó ministro. En el periodismo todo se acepta, todo tiene cabida; es el gremio más intelectualmente cosmopolita y heterogéneo: en él todo se amalgama perfectamente; por regla general para ser bien acogido no se ha menester ciencia, sino audacia; en esto es igual á la política; conozco periodistas forjados á *réclame* que son enteramente nulos... Es también el gremio más anarquizado y es posible que sea el más intrigante, como suele ser el más desfachatado, veleidoso y falto de dignidad; lo que hoy escribe con la mano, mañana lo borra con el codo y lo que hoy ataca furiosamente, mañana lo defiende con heroísmo, según sus intereses, circunstancias y miras privadas; los que actuamos, ó hemos actuado, en él ya ni vemos esas podredumbres porque estamos habituados, sistemáticamente, á ese medio y tras un sueldo crapuloso, endilgamos un llamado á la caridad... Y por eso en el periodismo diario hay sitio para todos, aunque generalmente nadie ocupa el lugar que le corresponde. Yo era una nulidad, lo reconozco; no obstante me di maña y en muy poco tiempo alcancé la dirección de un hebdomadario muy importante, más literario que informativo. Cuando esto aconteció ya hacía dos años que yo era casado; ¿se asombra usted?... Indudablemente fué una locura que cometí á la ligera, el contraer tan graves responsabilidades y compromisos cuando apenas contaba veinte años; pero lo hice por dos razones: la vida de crápula y bohemia me agostaba en todo sentido, y además, aquellos amores fueron un idilio... un hermoso idilio, uno de esos sueños poéticos, visionarios, color de rosa, materializado en una vida efímera y mantenido con una desdichada huérfana: jamás me pesó haberlo hecho, fué mi página tierna, imborrable, de vida hermosa y siempre consideré que las horas amargas sobrevenidas más tarde no compensaban en nuestra balanza á las dulces de mis amores... Ya le referiré á usted esto en más propicia ocasión...

* *

Yo usufructuaba un regular haber en la revista cuyos destinos regía; mi hogar era un nido de encantos alegrado con las argentinas risotadas de una parejita de hermosos vástagos que idolatro y que me aman con locura porque á ello les enseñó la madre que tanto adoré... Una lágrima... ¿por qué ocultarla?... es una lágrima de ternura que dedico á la memoria de la que fué mi infortunada compañera, de la que aun lo es, porque su imagen está grabada con rasgos imperecederos en mi recuerdo, en mi idea, en mi marchito corazón...

NEURASTÉNICO

PARA ALMAFUERTE, EL MAESTRO



VISITABA el sanatorium naturalista que á base de los sistemas combinados Kuhné-Kneipp y en uno de los más pintorescos pueblecillos cercanos, tiene establecido mi viejo amigo el doctor Real, cuando tuve, incidentalmente, oportunidad de ver un hombre joven aún, muy bien parecido, y de altivo porte, que me interesó vivamente.

—Es un caso de neurastenia acentuadísima, ocasionada por el gran recargo de materia morbosa que en principio le produjo una dispepsia atónica. Hubiera degenerado en monomanía, pero el enfermo ya está fuera de peligro y casi puedo garantizar una cura tau radical como rápida: si quieres conversar con él un rato, te lo permito; tiene, de su historia, algunos relatos muy interesantes...

—Ya casi ni sé hablar, y apenas llego á explicarme—me dijo con dulzura y sonriendo tristemente el joven aludido—no obstante, trataré de referirle una página de mi pasado íntimo, de ese maldito pasado que tantos dolores

sembró en mi vida; la forma de mi relato ni siquiera será medianamente literaria; no podría hacerlo porque ya he perdido el hábito de la labor intelectual que algún tiempo cultivé con suma contracción y en la que tal vez habría conseguido, con los años, algún éxito de nota que fuera bello corolario de una vida consagrada con idolatría al trabajo más hermoso y noble, al divino arte de Apolo... Bien pudiera ser que esa misma ambición de gloria haya sido la causa de mis desdichas pasadas y tal vez futuras...

¡Cuántos esfuerzos titánicos, cuántas tareas improbas, cuánta pesadumbre de hiel, cuántas lágrimas de sangre, cuesta la adquisición ideal de ese gajo de laureo intangible, tras el que corremos atraídos por una especie de auto-sugestión fascinadora, hasta que los reveses y las luchas nos desencantan y nos despeñan desdeñosamente en el antro insondable del *fué*...!

Perdóneme usted las digresiones: voy á comenzar mi tan sencillez como monótono relato:

Me hago llamar Edgardo Prunier; mi familia, de noble abolengo francés, descendiente de aquel general de Enrique IV, Laforce, y emparentada con los Fouquet y otros, y cuyos títulos cuentan muchos años de antigüedad, se me hizo, sencillamente, insoportable desde mi más tierna infancia, por sus estiramientos, sus reve-

Todo iba muy bien; pero no se había hecho para mí una felicidad medianamente duradera; y tenía que saldar con creces mis juveniles locuras, mis torpes desarreglos, mis abusos incalificables... Siempre fuera mi complexión física: excelente, pero yo estaba debilitado, agobiado por el exceso de trabajo y tenía ya herido el sistema nervioso y el intelecto por la continua serie de luchas, decepciones y pesares que sobrevinieron, como una consecuencia lógica, á mi separación del hogar paterno. No hay duda de que mi cerebro era aun demasiado joven para sufrir impasible varios años de rudesas, miserias y trabajos, asíes que tuve forzosamente que ceder al avance del mal y mis nervios sucumbieron al peso de la terrible dolencia generalizada en el siglo de las luces...

Tuve la primera crisis una noche (triste noche!) á la hora en que, según mi costumbre, acudía á la redacción. Me atacó un vahído pronunciadísimo, los oídos me zumbaron como una colmena, todos los músculos se distendieron en flojeras temblorosas, vibró entero mi sistema nervioso, un sudor glacial me inundó, acometiome una congoja de muerte, indefinible y caí semi-desvanecido. Unos lo atribuyeron á debilidad general, otros á una dispepsia aguda ó á una colitis embrionaria y otros al comienzo del desarrollo de la enfermedad maldita que está en moda: la *Neurastenia*...

¡Los nervios!... Maldije tantas veces á Erasistrato por haber definido el sistema nervioso!... ¡Como si él fuera culpable! ¡verdad?

En mi casa, solícitamente atendido, pronto recobré mi estado normal; pero la semilla estaba sembrada en terreno propicio y debía germinar bien pronto. Desde ese día aciago para mi existencia, comenzó una era de padecimientos desconocidos que jamás habría imaginado; físicamente no sufría, nunca sentí dolores que me atormentaran, pero el cerebro me aplastaba con sus diversas sensaciones de peso y de vaciedad y una interrogación se estereotipó en sus celdillas, perenne como una maldición materna, y con una insistencia mortificante, abrumadora... —“Si caes enfermo no podrás trabajar: si no trabajas ¿quién sostendrá á tu familia carecedora de toda otra fuente de recursos?...” Esa idea fija, sugerida por mi debilidad nérvea, obsesionándome consecutivamente, me hizo tan aprensivo que mis nervios concluyeron de resentirse y la enfermedad mental siguió en crescendo.

Ya se me hacía insoportable el seguir á cargo de la dirección del periódico. No escribía, el semanario estaba muy descuidado, los accionistas comenzaron á quejarse: hice un gran esfuerzo de voluntad, quise reaccionar y lo conseguí, pero, desgraciadamente, por muy pocos días... ¡Era un neurasténico!...

Usted ignora, señor, cuántos y de qué magnitud son los sufrimientos de un enfermo de esa especie, de un enfermo que, sin sentir nada, se va amortiguando poco á poco... ¡Qué horas tan terribles se pasan! Cuánto se sufre!... Aun se me erizan involuntariamente los cabellos y me pregunto espantado si no resurgirá la fatal dolencia... Me horroriza la idea y no quiero ni pensar en ello porque temo á una sugestión de mi débil cerebro....

.....
Tiene usted razón: ya estoy tranquilo... Prosigo: ¡qué angustiosas horas he pasado! cuántas veces, cuando, á la madrugada, regresaba á mi domicilio, creí no llegar ya más!... Salfa de la redacción y temblaba de miedo... enseguida emprendía mi camino, ansiosamente rápido, tambaleante á veces, poseído del vértigo, transpirando gotas heladas y viscosas, y con las extremidades endebles como si fueran de trapo, y el respirar jadeante... Llegaba á la esquina de mi casa y me apresuraba con ansias agónicas, arrimándome á las paredes y ayudándome con el bastón... ¡qué deseos, qué angustias, qué hambre de llegar á mi habitación me acometía entonces, de repente!... ¡qué fiebre me devoraba!... Mi esposa, mi Beatriz, me esperaba todas, todas las noches... ella, la pobre, delicada, cloro-anémica de pesar por mis sufrimientos... Yo llegaba y, desesperado, me arrojaba sollozando sobre el lecho; ¡cuánto

sufría!... En verdad no sé qué fuerza extraordinaria me ha sostenido para poder sobrellevar tantos y tantos padecimientos,

La idea del suicidio me acarició muchas veces como único recurso de salvación; pero ¿y Beatriz? ¿y mis pequeñuelos?...

* * *
Mi carácter cambió radicalmente á consecuencia de la misma enfermedad y muchas veces pagaba las caricias de mi infortunada esposa con necedades ó incorrecciones; yo estaba loco, créame usted, completamente loco.

Consulté varios facultativos, algunos de nota, otros especialistas, y no supieron qué hacer conmigo... ¡Inútiles, inútiles de la ciencia!... de la *ciencia*!...

—Pasée usted, distraígame, viaje, no piense, no trabaje en nada... —¡Imbéciles!... ¿y el pan de los míos?... ¡ó es que también solo tienen derecho á ser patológicamente felices los potentados, esos parásitos de la vida humana, esas miasmas estancadas en el lago inmenso del globo viviente?...

Y seguía trabajando, sí, pero trabajando maquinalmente, sin darme cuenta de mi obra porque ya había perdido hasta las nociones del *ser*... Físicamente yo aparentaba un esqueleto andante... Y moralmente... con decirle á usted que una noche me quedé helado en mi mesa de trabajo al hacer un esfuerzo de imaginación! Aquello fué el lúgubre éxodo de mi floreciente carrera literaria; tuve forzosamente que renunciar á ella y por el momento también á todo otro trabajo. Con el fruto de algunos ahorros nos sostuvimos durante varios meses, Figúrese usted el desquicio de nuestra casa, teniendo en cuenta que en mi pobre Beatriz seguía acentuándose más y más otra fatal dolencia. Mi mayor desesperación era el no poderme curar para hacer frente á todas las vicisitudes... ¡qué terrible desesperación!...

La miseria comenzó á cernirse sobre nuestras cabezas y el que fuera alegre hogar, bien pronto se anegó en téticas nebulosidades: mi mujer se moría... Esa monstruosa enfermedad tan generalizada en esta parte de América le roía las vísceras lentamente pero á conciencia... También maldije indignado á Koch!...

* * *
El descanso que tomé y la necesidad de aliviar los males de los míos me hicieron sacar fuerzas de flaqueza y me decidí á trabajar de nuevo, en cualquier casa, tratando de dominar mi alterado cerebro; pero no encontré ocupación, ni me encontraba tan apto como yo creía, para desempeñarla: una fatiga estertorosa me consumía; al caminar simulaba un ébrio, las piernas me flaqueaban horriblemente, todo á mi alrededor danzaba bajo la inquisidora inspección de mi fosforescente pupila; el ascenso de una escalera, ó de solo un declive me valía uno de esos vahídos... Reiteré mis visitas á los galenos, pero inútilmente; pensé en curarme por mí mismo, y transcurrí semanas enteras metido en la biblioteca pública consultando toda obra que pudiera ilustrarme al respecto: allí me leí, me releí y estudié, cuidadosamente, algunas obras de Dehove y Achard, Laudré, Paul Glatz, Mathieu, Fleury, Linossier, Gache, Ingegneros, y ¡qué se yo! una infinidad de tomos sobre dispepsias, neurastenias, nervios, higiene, diagnóstico médico... y en resumen concluí por atontarme con tanta prescripción, con tanta sintomatología, con tal cúmulo de diversas opiniones y, en final, no supe qué camino seguir....

* * *
Poco después, una fría y triste mañana de Agosto, mi esposa no pudo abandonar el lecho: después de auscultarla ligeramente, me dijo el físico:—Hay para un máximum de tres días... —Alcanzó á vivir cinco... cinco días que ¡ojalá no los hubiera vivido! porque aquello fué una agonía lenta, un suplicio horrible que me desgarraba el alma y me mataba en vida... ¡Pobre Beatriz! Murió como una santa! Y lo era, créame usted, lo era... Cuando más tarde regresé del cementerio se desató furioso el horrible huracán que á duras penas contenía en mi pecho y al verme solo, abando-

nado, triste, enfermo, en aquel hogar helado, otrora nido de mis felicidades y donde mis pobres huerfanitos lloraban desgarradoramente un vacío por siempre irreparable, me dió un ataque del que, realmente, ignoro cómo he salvado. Vecinos caritativos, almas nobles, recogieron á mis criaturas mientras á mí se me atendía, aunque no muy solícitamente, en un hospital; es increíble y sin embargo es verdadero: en esos establecimientos, donde todo debiera ser filantropía y amor, esto no existe para quien no se amolde concienzudamente á las creencias alentadas por las hermanas de la caridad... de *caridad*!... Eso es irrisorio, señor, es bochornoso! Habrá algunas que en realidad lo sean, paso por ello; pero una enorme mayoría... solo sirve para amargar tácitamente, con refinada crueldad, las horas tristes del desdichado enfermo que no comulga con sus religiosidades. Yo me negué á confesar y ello bastó para que se me desatendiera y hasta se me amenazara con brutalidad... Todo lo tuve que soportar resignadamente de ese enemigo terrible por la postración y enervamiento de los pobres: pacientes... Me apodaban “el fracmasón,” “el maldito”... Y todo porque no tenía sus creencias, porque amo la religión de la ciencia, de la luz y la verdad; se practicaban herejías conmigo, ni más ni menos, herejías inquisitoriales... En cuanto pude salir de aquella “casa de caridad” que no quiero nombrar, lo hice alegremente porque prefería seguir arrastrando una vida maldita de miserias, privaciones y dolores, pero lejos de aquel antro infernal del sufrimiento paradójicamente llamado “casa de Dios”....

Yo deseaba haber muerto en esa ocasión pero... mis pequeñuelos me abrazaban cariñosamente preguntándome con interés:—¿Estás mejor, papaito?... Pobres criaturas, ¿abandonarías? No. Besé las manos de sus salvadores, por la verdadera obra caritativa que ejecutaron y me rehice: había que sucumbir luchando hasta el último minuto, hasta que estallara el último nervio de mi cuerpo... Corrí convulsivo en busca de ocupación: hice muchas gestiones infructuosas y no pudiendo hallar mejor acomodo ingresé en calidad de motorista en la compañía de tranvías eléctricos “La Capital.” En aquella época se acababa de implantar rudimentariamente entre nosotros ese adelanto y, la gente se mostraba muy rehacia para trabajar en él. Practiqué solo dos días y al tercero, como el personal idóneo fuera muy escaso, me confiaron la conducción de un coche; no me era difícil manejar precisamente el freno y la manivela de tracción, y hasta hubo de hacerme mucho bien, en un principio, mi nueva tarea, porque me distraía bastante, tonificando ligeramente mis roídos nervios. Pero por desgracia, bien pronto me acostumbré al paisaje del trayecto que recorría tan amenudo y se me hizo monótono, monotonía más acentuada aún por la propensión á ella causada por mi dolencia. Y no se hizo esperar mucho el triste desenlace de mi tragedia: un día amanecí más alterado que de costumbre; la atmósfera opaca y sumamente pesada, húmeda, grisácea, contribuía en mucho, con su calor irritante, á que yo sintiera tal malestar: preveía toda una mala jornada, pues ya algunas veces me acometiera una especie de vértigo tal yendo en la plataforma del tranvía, que solo una casualidad me había librado de estrellar aquél contra algún obstáculo.

Más taciturno y visionario que de costumbre tomé mi servicio con temor. Emprendimos viaje á Flores: dos vueltas enteras dimos; yo iba contentándome. En el tercer viaje venía mi tranvía por la calle San Juan á la altura de Caridad: allí existe una bajada, una leve pendiente de dos ó tres cuerdas de extensión. Miré entonces hacia adelante y ví, como si fuera allá lejos y abajo, muy abajo, á mis pies casi, un grupo de gente rodeando á un enorme carretón, que lleno de bolsas yacía volcado sobre los rieles. Debí haber cortado la corriente y tomado las medidas necesarias á fin de detener la marcha á una distancia prudente, pero... me arrastró el vértigo, entrecocáronse todos mis nervios, oscurecióseme la vista, yo

LOUBET y FALLIERES

estaba loco, perdí el conocimiento, no hice caso del aullido de algún pasajero y preso de aquella locura rápida, momentánea, abrí toda la corriente, largué el freno y el tranvía, como febrilmente impulsado, se lanzó con la rapidez del relámpago sobre aquel grupo que lo obstaculizaba. Yo, cadavérico, helado, apretando convulsivamente el guarda-barro, mirando con fijeza sin ver nada en realidad, columbré la catástrofe como una pesadilla, como en un desvarío nada pude pensar, no me pude reponer, llegó el tranvía como una exhalación, chocó furiosamente y... no supe más.

El final lo conocí algunos meses más tarde: de la colisión resultaron varios muertos y heridos y ambos vehículos inutilizados. No se me hizo responsable del desastre porque mi defensor comprobó, previo examen pericial, que el regulador estaba cerrado y que, por haber estado el freno descompuesto, no había podido detener el coche al venir barranca abajo. El doctor López, con su buena voluntad y compadecido de mis sufrimientos, los que yo le expusiera sinceramente, me salvó de una prisión infamante, que, en realidad ¡la merecía!... Ese mismo abogado, noble alma á quien deberé mi vida además de mi honor, se hizo cargo de mis dos hijos y me recomendó tan eficaz é imperiosamente al digno Doctor Real, que aquí me tiene usted casi sano sin que me cueste erogación alguna pecuniaria, pero habiendo contraído, para siempre, una deuda enorme, impagable, una deuda de ilimitado agradecimiento nacida al calor de toda la sinceridad y de todo el cariño que saben concentrar en su más íntimas fibras, los que ya nada esperan de este mundo, los como yo vencidos en las luchas por la vida, los desheredados de la suerte, los malditos de la Ilusión y de la Dicha.....

LUIS M. BLAZQUEZ.

La Plata (R. A.), Septiembre de 1905.

Lienzos

Versos de Manuel Moreno Alba.—Prólogo de Emiliano Hernández—Barranquilla.—1905.

Manuel Moreno Alba es un intelectual que surge, con una rica plétora de juventud mental, en la Colombia lírica de nuestros soles modernos, y aduna notas de pulcritud y gracia á la orquestación parnasina de la tierra de Silva, Guillermo Valencia ó Ismael López. Bajo el día fervoroso de la costa colombiana, el artista pule con frialdad la belleza cerebral en el mármol de la estrofa casi impecable, y su verso sugiere, si nó una definitivamente de la emocionabilidad, á lo Heredia, si un positivo culto por la forma alta, lo que hace pensar, por virtud evocativa de la semejanza, en ciertas arquitecturas hispanas, eufónicas, pero graves. No deja de surgir á veces de la lira moderna del nuevo poeta, algún arpeggio que hable sinceramente y diga de la vida, pero esto sucede poco, y por lo tanto, no constituye timbre dominante ni la orientación artística de las producciones sabiamente seleccionadas de *Lienzos*. Sin embargo, este juicio está muy lejos de ser absoluto, si se atiende á que Moreno Alba apenas comienza á internarse en la floresta úber de la *gaya ciencia*, y á que su bastante fresca juventud no permite una cabal definición artística y se halla todavía en estado de plasticidad y puericia, estado del cual ha de salir brillantemente triunfal, si juzgamos por la pre-victoria de *Lienzos*.

Nuestro juicio es únicamente personal; y nuestro parecer, como sincero, quiere alejarse de prejuicios de escuela, y odia el *Magister dixit* que algunos profesan en este siglo de la psicología y el rádium; y como no desamos escarpelizar en la estrofas ni anatomizar en los ideales miembros del verso, compendiamos en estas pocas líneas el *avis* que el libro de Moreno Alba nos merece y sonreímos á su admirable Musa, y amamos la gentil sinceridad con que Emiliano Hernández, el venezolano genialísimo, nos la presenta en un prólogo, cuya prosa le sabe al espíritu á uvas corintias que tuviesen galantes dejes champanianos.

L. DE LA R.

El día 20 del mes en curso entregará el señor Emile Loubet el mando de la más grande República del universo al señor Clemente Armando Fallières, nombrado para reemplazarlo por la Asamblea nacional francesa.

Emile Loubet que fué electo Presidente el 18 de Febrero de 1899, por muerte de Felix Faure,



EMILE LOUBET

no ha olvidado en el poder las doctrinas republicanas que antes sustentara, y baja del alto puesto que ocupa con la satisfacción de haber cumplido su deber.

Fallières, el escogido para sucederlo, es un político moderado y firme que ha estudiado profundamente la ciencia de saber callar, y su exaltación ha sido recibida con general contento en Francia, pues todos esperan que su gobierno ha de ser beneficioso para su país.

Publicamos hoy estas líneas y los retratos de Fallières y Loubet á título de información solamente, acompañando unas y otros en los siguientes datos biográficos de los dos Presidentes, tomados del *Almanach Vermot*.

**

Emile Loubet nació en Marsanne, Drome, el 31 de Diciembre de 1838, siendo sus padres unos humildes labradores. Estudió derecho con buen éxito y ejerció de abogado por largo tiempo en Montelimar, lugar en que desempeñó los puestos de Concejero Municipal y Alcalde. Candidato á la diputación en 1876, derrotó á su adversario Meieris, y fué electo por 13285 votos.

En 1885 entró al Senado, y en 1887 en el gabinete Tirard desempeñó el Ministerio de Trabajos públicos.

A la caída del Ministerio Freycinet, en 1892, desempeñó la cartera del Interior con Ribot. Reelecto senador, fue nombrado Presidente del Senado á la muerte de Challemeil-Lacour, y luego Presidente de la República.

Clemente Armando Fallières nació en Mezin, Loira y Garona, el 6 de Noviembre de 1841. Estudió derecho y se graduó brillantemente, ejerciendo luego la abogacía. Ha sido Ministro de lo Interior en 1882, 1883 y 1887; de Instrucción Pública en 1883 y 1889, y de Justicia en 1888 y 1891. Pertenece al partido republicano y es en la actualidad Presidente del Senado.

**

Indudablemente, en el orden político no hay honor mayor después de ser soberano de la poderosa Albión, que el de regir por espacio de ocho años los destinos de la tierra en que han imperado Carlomagno y Enrique IV, y ser el primer ciudadano en París, la *urbs regina* que impone las leyes y las costumbres al universo, el cerebro del mundo de donde parten todas las grandes ideas, y cuyo óleo solicitan para ser ungidos de la gloria todos los grandes genios de la tierra. Y mayor ha de ser, si el llamado á ese honor no es un autócrata ni un millonario, sino un humilde abogado que á fuerza de inteligencia, probidad

y constancia, como ese buen Fallières, ha llegado á la cima sin que se señale en su carrera pública una sola claudicación. Y en la magnífica Lutecia que ha visto la coronación de Napoleón y de Hugo, que tiene una iglesia de Nuestra Señora para las regias glorificaciones y un panteón del Padre Lachaise para las eternas quietudes, él atraerá todas las miradas. Y en la gran cosmópolis que cuenta con un museo del Louvre y



CLEMENTE ARMANDO FALLIERES

una llanura de Longchamps, un Teatro de la Opera y una Biblioteca sin segundo, y que ha visto el entusiasmo intelectual en la primera del *Cyrano de Bergerac* y los desbordes del arrabal de San Antonio en los días ya lejanos de la Comuna, inquietará desde su palacio del Eliseo la paz inestable de los cesáres que esbozan sus siluetas como sombras trágicas de tiempos que murieron, y la tranquilidad porcopólica de los presbíteros de la iglesia gala que muere del mal del siglo.

Préstame tu caballo, Don Quijote....

Préstame tu caballo, don Quijote; despierta de su sueño á Sancho Panza: quiero ser, con tu escudo y con tu lanza, de nuevos malandrines el azote.

Recorreré el camino en raudó trote guiado por la intrépida esperanza de dominar el odio y la asechanza que en lo profundo de las almas note.

Y si en lo aciago y rudo de la brega el pesimismo ó la maldad me ciega y me invaden el odio y el asecho,

No dejaré tu lanza en el camino expuesta á los rigores del destino: clavada la hallarás sobre mi pecho!

FÉLIX CALLEJAS.

Del Colegio "San José"

El Certámen con que ha clausurado sus tareas de 1905 el Colegio "San José", ha sido indudablemente la nota más esquisita y armoniosa de estos últimos días, al par que un triunfo completo para la Directora y demás profesores, y para las alumnas un éxito verdadero, de esos que dejan grata huella indeleble en la memoria.

No podemos—apesar de nuestro deseo—hacer una revista detenida de la velada; bien se lo merece la fiesta, pero nos falta tiempo para esa labor grata y en volandz, saltando de un número á otro del programa, sin pararnos para analizar detalles, vamos á decir nuestra opinión franca y sincera.

Con humildad de campesinos pobres, tranquilamente arrellanados en nuestras sillas, bajo la placidez de un cielo admirable de verano sobre cuyo fondo de un azul oscuro se destacaban como lirios de oro las estrellas, presenciámos el espectáculo, teniendo por vecinos á una muchacha de ojos negros y expresivos y á un viejo veterano, silencioso y triste como estatua de una ciudad abandonada.

Abrió la fiesta Teodolinda de Alba con un discurso adecuado que supo expresar llena de esmero y gracia, obteniendo por ello las primeras palmadas en esa noche, y deja el escenario á Raquel Arias y Rosario de Alba que ejecutan un ejercicio al piano. El telón se cierra y vuelve á abrirse en seguida con un quinteto de *Naranjeras*, admirablemente vestidas con nuestra clásica pollera. Forman el cuadro encantador Rebeca Paniza, Abigail Arango, Matilde Rasch, Ana Teresa Vallarino y Beatriz Arias y sus vocecitas dulces, armonizadas divinamente, son una delicia; la buena ejecución de este número lo hace acreedor á un *ris* que el público pide, que fue concedido con generosidad y llégale el turno á una comedia infantil en cuyo desempeño las niñas supieron ganarse buenas palmadas, distinguiéndose en su labor de arte Narcisca Mata, Isabel Espinosa y Rosario de Alba.

Recitaciones, piezas de piano, números alegres que mucho agradaron ejecutados por la *Estudiantina* del Colegio, un *Coro de Paraguas* adaptado con arte y gracia y un dúo en inglés en el que se lucieron María Arias y Emma Benedetti, fueron los números siguientes, cuya ejecución satisfizo al auditorio.

Después tocó el turno al *clou* de la velada: la preciosa zarzuelita *Chozo y Palacio*. Digna de encomio es la labor de la Señorita Marina Ucrós con respeto á este número. Hacer copiar, estudiar, pensar, recitar, decir, accionar y hacer la obra en solo ocho días, es tarea enorme y muy digna de loa cuando se cosecha, como esta vez, un triunfo asombroso.

La obra, bien *repartida* y mejor *sacada*, agradó mucho por su argumento moral y su música juguetona, alegre y variada. Raquel Arias, la buena amigueta de EL HERALDO DEL ISTMO, bello ejemplar del tipo istmeño, caracterizó su papel admirablemente; viéndola en escena venía á nuestra memoria este cuarteto que compuso para una artista el malogrado poeta Juan de Arona:

Qué mujercita: un tesoro:
No se cansa uno de verla:
Pulida como una perla,
Como una pepita de oro!

En detalle y en vestuario nada dejó que pedir; supo destacar su figura de entre el conjunto como *parte* que era, y su dicción clara dióle cosecha de buenas y merecidas palmadas.

Elidita Paniza—un *bijou* admirable, cristalización de un amplio ideal de fina belleza infantil—no omitió esfuerzo para lograr un triunfo completo en su difícil papel de *Juana* y lo obtuvo á las mil maravillas: su voz es bastante extensa, bien timbrada y muy dulce, voz es que llega al alma y la conmueve y como domina la escena y se posesiona fácilmente y su compañerita Raquel no se le queda atrás, en el dúo estuvieron encantadoras haciendo lujo de una vocalización muy rara entre nosotros.

Beatriz de la Guardia logró hacer reír con su salero no estudiado y Ana Teresa Vallarino—apesar de su corta edad—bien merece que la elogiemos mucho, pues *savó* el papel de *Carmen* con arte, naturalidad y soltura. Las demás—sobre todo Elena Mata que posee raras disposiciones para el arte y que con sobra de razón se captó todas las simpatías de los espectadores—desempeñaron bien sus *roles*.

Beatriz Arias, la *Amparito* terrible é inquieta, con suma gracia, siempre sonriente y oportuna, supo dar animación á los coros que resultaron buenos. La indumentaria lujoso, rica y escogida y los juegos escénicos ejecutados todos con propiedad y acierto.

La velada terminó con un Cuadro vivo titulado *La Corte de la Civilización*, cuyo fotograbado publicamos en este mismo número, lo mismo que el del quinteto de *Naranjeras*.

Tal el Certámen del Colegio "San José", el mejor plantel de la República hoy día. El público todo quedó completamente satisfecho del resultado y garantizamos que los exámenes fueron un triunfo mayor, más hermoso, más noble y más digno de loa que la fiesta que acabamos de reseñar.

SIEBEL.



COLEGIO "SAN JOSE."—CORO DE NARANJERAS.

RECUERDAS?

Era al amanecer!....

En el Oriente
el sol mostraba un arco luminoso:
yo á tu lado remaba suavemente
y el barco resbalaba silencioso.

Al apacible canto de las olas
se mezclaban, á veces, los rumores
de tiernas y sencillas barcarolas
que entonaban los rudos pescadores.

Llegaban á nosotros los ruidos
de la ciudad, que despertaba inquieta,
como de inmenso monstruo los rugidos
al sentir el peligro que lo retaba.

Odio, digiste, odio las ciudades
cuyo círculo estrecho nos ahoga:
amo del mar las vastas soledades.....
¡hacia adelante, hacia adelante boga!

Y yo, entre tanto, la rizada espuma
más ligero cortaba con la quilla,
y se iban esfumando entre la bruma
los pálidos contornos de la orilla.

Una brisa pasaba, fresca y pura,
rizando apenas las azules ondas,
y queriendo jugar con tu hermosa
enmarañaba tus guedejas blondas.

A veces la gaviota descuidada,
de su vuelo fugaz en la armonía,
con el ala de espuma salpicada
azotaba tu frente..... y se perdía.

Buscando entonces en mi pecho abrigo
reclinabas tu lánguida cabeza
y hablábamos de amor sin más testigo
que la muda, la azul naturaleza.

Entonces me jurabas anhelante,
junta tu ardiente mano con la mía,
que tu amor, como el mar, era gigante,
y que eterno como él, no moriría.

Y sin embargo me olvidaste há mucho,
hollaste de mis flores las corolas
y en mis oídos como siempre escucho
el eterno gemido de las olas.

DEMETRIO FABREGA.

El Dios Rojo

Panamá crece cada día más, y al darse humos de cosmópolis se desarrollan en ella los sucesos que hacen azarosa la vida en las grandes capitales. El pobre caserío de pescadores indios, abundante en mariscos, se transforma en bella y culta ciudad, y al hacerlo germina en su seno la semilla de crímenes que profusamente regaron Balboa y Pedro Arias de Avila. A nuestros oídos sensibles de gentiles-hombres de los llanos y las costas, llega el rumor de crímenes antes no vistos en el burgo. Ayer fué un robo audaz con ribetes sacrílegos. Hoy el descuartizamiento de una niña y la explosión de un bulto (tal vez una bomba anarquista?) y á cada momento los amagos de incendio que ya por tercera vez desde el 3 de Noviembre de 1903 se han convertido en verdaderos y espantables torbellinos de llamas, destructores de la riqueza privada.

De uno de ellos, el del doce de Enero, habló Emiliano Hernández en su bella *Cronica Roja*, y no agotado el interés que despertara y los relatos á que diera ocasión, en la madrugada del 31 de Enero al 1º de Febrero, se declara otro más terrible que el primero, porque se cebó en parte de la población rica y comercial en sumo grado. Comenzó su obra el *Dios Rojo* en la casa apellidada por quién sabe qué capricho *La Concordia*, á las dos y media, y aceptando la colaboración de un fuerte viento Norte redujo á cenizas en poco tiempo cerca de cuarenta casas. El espectáculo era espantable y á la vez hermoso, y si en el pecho no se albergaran sentimientos de amor al prójimo, admiraríamos á Nerón y gustosos lo proclamaríamos el esteta más grande que han visto los siglos, porque efectivamente no hay espectáculo más grandioso y que más nos haga pensar en nuestra pequeñez que el ofrecido á ojos atónitos por el *Dios Rojo* en sus ratos siniestros de alegría desoladora.



COLEGIO "SAN JOSE".—CUADRO VIVO.—"LA CORTE DE LA CIVILIZACIÓN."

Pero el sentimiento ahoga el arte, y al ver elevarse al cielo las llamas rojas, las llamas azuladas, las llamas multicolores, pensamos en tanto buen amigo cuya riqueza, pequeña ó grande, resultado de laborioso afán queda reducida á cenizas, pensamos (egoístas incorregibles!) en que mañana podemos ser nosotros las víctimas de la terrible deidad, y nos felicitamos cuando tras esfuerzos supremos se logra atajar la lengua de fuego, aplacar la cólera del *Dios Rojo* é impedir que multiplique sus ratos siniestros de alegría spldeadora y bella.

Despilfarros

Se salió de plumada la colectiva estupidez, camino del rebenque, del tajo y la picota.

Apóstol del Derecho, un petardista de frac y cubilete, volcó sobre la turba de los descamisados todo un cajón de frases.

Su vibrante discurso causa fue de apoplético entusiasmo, que tuvo que sangrar tranquilamente la científica guardia pretoriana, á punta de cañón y bayoneta.

Y yo, del caballete de un tejado, miré la rebujiña, —como no soy apóstol del derecho— con toda la frialdad de un erudito.....

LUIS C. LOPEZ.



EL INCENDIO DEL 1º.—UNA VISTA DE LA CARRERA DE LA CONSTITUCIÓN ANTES DEL SINIESTRO

En Carnaval

PARA UNA MÍSTICA.

Cuando la sombra lenta ya cubría las naves de la iglesia abandonada, te ví frente al altar arrodillada implorando la gracia de María.

En tu pálido rostro se veía impresa del dolor la huella airada, y en tanto que llorabas desolada gozoso afuera el Carnaval.

En tu oído vibraron las inquietas risas de muchedumbre indiferente, despertando en tu sér ancias secretas.

Y miré con asombro—al sorprenderlas— cómo al influjo de tu fé creciente se trocaron tus lágrimas en perlas.

GUILLERMO ANDREVE.



EL INCENDIO DEL 1º—MOMENTOS DE MAYOR ACTIVIDAD DEL FUEGO

De Carnaval

PARA MANUEL S. CERVERA—QUE ES POETA.

Hace un año, con una Colombina, y al anémico atisbo de un farol te miré. (Dialogaba una ocarina con el monosilábico tambor).

Los cerebros, como con crinolina, congestionados por la animación. Pero tú, con la faz llena de harina, triste, muy triste bajo el dominó.....

Como si fuera una caricatura de traperero sin garfio, tu figura hizo reír á mi sinceridad:

Porque te vi tristón entre la inquieta muchedumbre: tenías la careta colocada al revés de mi antifaz.

LUIS C. LOPEZ.

NOTAS

En la composición *En Carnaval* del Director de esta Revista aparece incompleto, el cuarto verso del segundo cuarteto, diciendo:

gozoso afuera el Carnaval,

en vez de:

gozoso afuera el Carnaval reía

que es como debe ser.

Allí mismo hay un *ansias* por *ansias*, y al final del artículo *El Dios Rojo* un *soldeadora* por *desoladora*, que el lector tendrá la bondad de rectificar, así como algunos otros errores de menor importancia que hallará en el texto del presente número.

En prensa

Está ya en prensa la importante obra *Guía-Directorio de la ciudad de Panamá*, de los señores Pastor Jimenez y Diocleciano Ramos y García, de cuyo mérito nos parece demás hablar.

La edición nítida y lujosa la hace la casa tipográfica de Chevalier, Andreve & Cía., propietaria de esta Revista, y agregará un interés más, el de la estética, al intrínseco que la obra posee por la multitud de datos, documentos y observaciones utilísimas que con perseverancia y afán prolijos han logrado compilar sus autores. En Abril estará ya á la venta y desde ahora recomendamos á nuestros suscritores aprovechen la ocasión de comprar un libro de positiva necesidad en la vida práctica para los que habitan ó piensan habitar en esta ciudad.

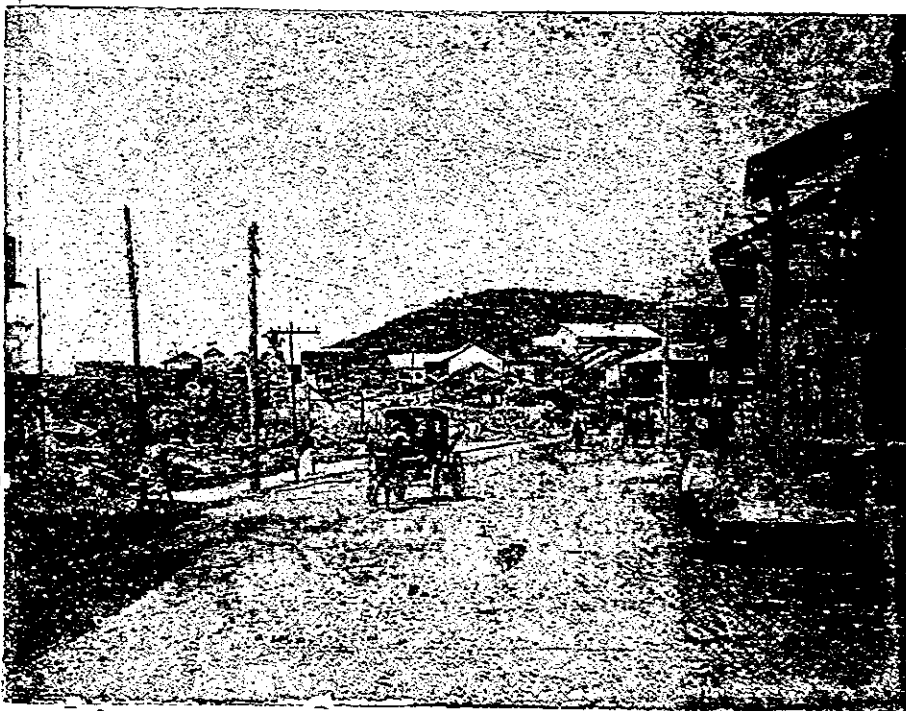
Complacidos.

Con agrado notamos el progreso de nuestros muy apreciables colegas *El Figaro* y *El Mundo*

Ilustrado, de la Habana. El último número que del primero nos llega, agrega á su selecto material de siempre el encanto estético de una hermosísima portada. También hallamos nueva mente, entre otras firmas notables, la muy querida del gallardo prosador Manuel Márquez Sterling, como siempre al pie de un conceptuoso artículo. *El Mundo Ilustrado*, avanza cada día una gran jornada, á no dudarlo. Ultimamente ha recibido para sus talleres una enorme rotativa de cuatro pisos que vale á la empresa veinticuatro mil pesos oro de costo inicial.

También *Letras*, el amable quincenario de Arte de los estimables jóves Carbonell y Garrido, se hace más interesante cada vez, y en uno de sus últimos números hallamos un bello soneto de Felix Callejas que no resistimos al deseo de publicar. Se titula *Préstame tu caballo*, *Don Quijote*, y aparece en el presente número.

A los colegas cubanos nuestros felicitaciones.



EL INCENDIO DEL 1º—PARTE INCENDIADA DE LA CARRERA DE LA CONSTITUCIÓN

Doña Patricia de Lafaurie

Con verdadero pesar registramos hoy el fallecimiento después de lenta y cruel enfermedad de la venerable matrona señora Doña PATRICIA DE LAFURIE, tronco dignísimo de una distinguida familia. La señora DE LAFURIE que vió la luz en la hermosa tierra de Cuba, vino muy joven á Panamá en compañía de su esposo, y ésta fué para ella como una segunda patria. Muere después de una vida ejemplar, á los ochentiseis años de edad, siendo sentida hondamente por sus deudos á los cuales acompañamos en su duelo, muy especialmente á don Eugenio Chevalier nuestro grande y buen amigo, socio de la firma Chevalier, Andreve & Cía. propietaria de esta Revista.

Que descanse en paz eternamente la extinta y que hallen sus deudos la resignación necesaria para soportar el rudo golpe que los agobia hondamente. son nuestros sinceros deseos.

Josefina Moll

Como ofrecimos en un número anterior publicamos hoy el retrato de la bella é inteligente borinqueña señorita Josefina Moll, con cuya colaboración se honra EL HERALDO DEL ISTMO. La simpatía que el talento de *Flor Daliza* ha despertado en nosotros ha venido á afirmarla intensamente su belleza delicada y gentil, y ganas nos dan de proclamarla reina y de

rendirle tributo de admiración y de amor, que bien se merece, deshojando á sus plantas rosas. rosas y más rosas.

Federico A. Pezet

Honroso nos es por más de un concepto presentar nuestro saludo de bienvenida al distinguido caballero don Federico Alfonso Pezet, Encargado de Negocios del Perú en Panamá y Centro América.

El señor Pezet que en su carrera diplomática ha alcanzado más de un triunfo ha sido en otra época un periodista brillante y de alto valor intelectual, y desde luego nos permitimos esperar que, si quiera de cuando en cuando, honre las columnas de nuestra Revista con producciones de su pluma.

Gracias

Las damos muy sinceras á nuestro joven colega *La Luciérnaga*, por la reproducción amable que en su último número hace de los *Párrafos sobre Dario Herrera*, que escribió el Director de esta Revista.

Saludo

Pedro Sonderegger es un joven intelectual de veintidós años, nacido en la más heróica ciudad de Colombia la noble, y que hoy, con un bagage literario apreciable, se haya entre nosotros. Grato deber es el nuestro al saludarlo y al publicar en este número unos versos suyos, que darán ligera idea de su mentalidad al muy ilustre y sensato lector.